

Joaquín Xirau: el amor en los tiempos de la barbarie

Josu Landa

*A Ramón Xirau, con el afecto
y el respeto del discípulo.*

F en un pasaje de *Dulcinea encantada*, la novela de Angelina Muñiz-Huberman, se lee:

[...] ¿te acuerdas de quién te regaló esa pulsera bordada con hilos de seda color guinda, que decía “Cuernavaca” y que guardaste tantos, tantos años? Claro que me acuerdo: me la regaló Joaquín Xirau. Y me sorprendió muchísimo, porque yo solamente estaba viendo cómo entrelazaba los hilos el hombre que la tejía y nunca pensé en tener la pulsera. Y, de pronto, la pulsera estaba en mi mano. Regalo de filósofo. [...] En su cara había una sonrisa y yo tuve que ponerme la pulsera. ¿No te gustaba la pulsera? No, pero la guardé muchos, muchos años. ¿Fue por la sonrisa? Sí, fue por la sonrisa.¹

A simple vista estamos ante una anécdota muy usual: un hombre bondadoso obsequia sin más una pulsera a una niña. Suponemos que él a su vez supone que la niña desea la pulsera y decide satisfacerla generosamente. No leer más que esto, en el fragmento citado, sería legítimo, pero también obtuso. La propia advertencia de *Dulcinea*, en cuanto a que ha recibido un “regalo de filósofo”, es una invitación a descubrir en ese acto de Joaquín Xirau y en la sonrisa que lo acompaña los rasgos que definen tanto su personalidad como su filosofía.

¹ Angelina Muñiz-Huberman, *Dulcinea encantada*. México. Joaquín Mortiz, 1992, pp. 40-41.

Joaquín Xirau es “un filósofo del amor”, como lo ha señalado ya Ramón Xirau.² No podemos decir, obviamente, “el filósofo del Amor”, porque cuando menos le antecede entre los de su estirpe el Sócrates de *El banquete*, especialista —como es bien sabido— en las cosas del Amor. Desde luego, en esto de la ciencia del Amor, también le preceden san Agustín, Ramón Llull y Marsilio Ficino, además de otros. Pero no es mi propósito, en este momento, asentar la genealogía de la erótica de J. Xirau. Me conformo con situarlo en una tradición filosófica fuerte y prestigiosa, al mismo tiempo que absurdamente olvidada en el presente.

En *Amor y mundo*, J. Xirau esboza con una prosa serena y sosegada, a la vez que precisa y claridosa, su propia “visión” —es decir, *idea*— de un orden amoroso. La fuerza indudable del texto mencionado estriba en esa combinación poco frecuente de especulación rigurosa, valentía, compromiso moral y sentido utópico que rezuma por entre todas sus líneas. En *Amor y mundo* se conjuga la más alta exigencia teórica con un programa ético, que el propio J. Xirau proclama así: “El único imperativo es amarlo todo y buscar en todo el valor. *Ama et fac quod vis*”.³ Por lo demás, una propuesta que se aviene con su intuición de que existe una “relación íntima entre Ser y Valor”, para decirlo con palabras de Ramón Xirau.⁴

Esta proposición es la consecuencia de una larga y metódica iniciativa especulativa, de ahí su notorio carácter concluyente. Sin embargo, no se le oculta a J. Xirau la aporía que encierra: si es dable y exigible amar todo, ¿cómo reivindicar el valor? No todo tiene el mismo valor. Las preferencias ante lo que vale y las jerarquías que tales preferencias concitan no sólo son posibles sino inevitables. La solución de J. Xirau a este problema consistirá en proponer una “dialéctica amorosa”. El amor con sentido, esto es, el amor dirigido hacia lo valioso no halla su sustento ontológico ni en el sujeto amante ni en el ser amado ni en el objeto al que se le asigna valía, tomado cada uno por separado. Lo expresa mejor que yo el propio J. Xirau:

La realidad concreta y el valor no es posible que se hallen nunca en el puro “sujeto” que es por sí mismo una pura nada, ni en el “objeto” puro que se reduce a otra nada, sino precisamente entre uno y otro, en la dinámica de su mutua confluencia. [...] Nada hay absolutamente ajeno a la subjetividad. Aun en la abstracción más pura hay un acto de amor.

² Ramón Xirau, “Memorial de Mascarones”, en *Memorial de Mascarones y otros ensayos*, México, El Colegio Nacional, 1995, p. 9.

³ Joaquín Xirau, “Amor y mundo”, en *Amor y mundo, y otros escritos*. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona/El Colegio de México/Península, 1983, p. 124.

⁴ R. Xirau, “Joaquín Xirau (1895-1946). Un esbozo”, *Estudios*, núm. 5. México, ITAM, verano de 1986, p. 63.

Mediante él su “objetividad” se incorpora a la subjetividad y se hace mía. El arco sujeto-objeto es la categoría suprema que hace posible la realidad dinámica del ser y del valor.⁵

Naturalmente, para llegar a este punto, J. Xirau ha debido realizar dos operaciones teóricas previas: una interpretación de las principales tesis acerca del Amor en la tradición occidental (lo que, a su turno, exige una historia y una crítica de dichas tesis) y un peculiar “acoso” de la realidad del Amor, es decir, un proceso de definición de su objeto de estudio, dirigido a figurarlo como categoría provechosa para la construcción de su teoría. Ambas operaciones son imprescindibles en un proyecto de reflexión rigurosa como el que emprende J. Xirau y, por lo mismo, son complementarias, se requieren y convocan mutuamente.

El amor de que habla J. Xirau es el “amor puro”, el Amor (con mayúscula). Esto lo emparenta con Platón y el neoplatonismo. Pero, en realidad, la idea del amor que más se aviene con la iniciativa teórico-práctica de J. Xirau es la de ascendencia cristiana. Así, el Amor se da como proclividad del alma a ascender hasta la contemplación de y la con-fusión con las realidades supremas, al mismo tiempo que como entrega y derramamiento gratuitos –J. Xirau emplea insistentemente el vocablo “radiación”– en los otros y en las cosas del mundo. A su vez, todo ello ha sido creado por Dios, en un acto que sólo puede haber sido amoroso: “Por el amor de Dios son las cosas lo que son y participan en la comunidad amorosa”.⁶ Tal vez ahora se puede entender mejor el sentido de traer a colación, en este texto, la anécdota de la pulsera que el filósofo sonriente, J. Xirau, regala a Dulcinea Encantada. La inocente sencillez del gesto apenas puede encubrir su profunda vinculación con una manera de ver el mundo, de estar en él y de relacionarse con el prójimo.

No voy a hacer aquí una reseña exhaustiva de la teoría xirauana del Amor. Quien tenga interés en ello hará mejor en leer directamente *Amor y mundo*. Por lo que concierne a este texto, bastará con destacar la originalidad y el sentido crítico con que J. Xirau procesa por igual las ideas platónicas y cristianas del amor, antes de llegar a sus propias conclusiones al respecto. En ese trabajo, destaca primero la vía negativa; vale decir, el método consistente en mostrar lo que no es el Amor. Sin embargo, ello no priva al discurso de J. Xirau de un portentoso y ejemplar esfuerzo por definir al Amor también en términos positivos.

Una honesta identificación con el cristianismo induce a J. Xirau a aclarar –no sin lúcida severidad– que esa religión “no es [...] un vago sentimentalismo.

⁵ J. Xirau, “Amor y mundo”, en *Amor y mundo, y otros escritos*, p. 147.

⁶ *Ibid.*, p. 39.

Antes, al contrario, lo condena. Las páginas de los Evangelios respiran alegría, jovialidad, gozo, despreocupación”.⁷ Asimismo, J. Xirau precisa que “no es el amor impulso sexual, ni simpatía sentimental, ni contemplación desinteresada, aunque todos y cada uno de ellos puedan acompañar ocasionalmente al amor”.⁸ Tampoco se trata, “en sentido estricto, (de) un ‘contenido’ de la conciencia”.⁹ Asimismo, “no se funda el amor en la compasión” ni se debe creer que es pasión ni que sea “imperativo o deber”.¹⁰ Tampoco es paz,¹¹ y se confunden quienes piensan que el amor es “una fuerza ‘real’ que intervenga en el mundo y lo transforme”.¹² No están menos perdidos quienes aceptan el lugar común de que “el amor es ciego”¹³ y quienes creen que el amor es deseo.¹⁴ Frente a estas opciones negativas, J. Xirau postula una idea positiva del amor, en tanto que “una forma peculiar y permanente del espíritu, una actitud radical de la vida que condiciona los fenómenos y los contenidos y les presta una orientación y un sentido”.¹⁵ Así, el amor es, por otra parte, acción, “iniciativa y espontaneidad, entrega gratuita y sin intención ni esperanza de recompensa ni aun de correspondencia”.¹⁶ Además, el amor es “guerra” y “la conciencia amorosa es conciencia imperial”.¹⁷ Y así como el amor de Diótima es un *daimón*, el de J. Xirau es “en el sentido más estricto, poeta, creador”.¹⁸ Por último, la ágil argumentación de J. Xirau desemboca en la visión del Amor como “claridad y luz”, que “ilumina en el ser amado sus recónditas perfecciones y percibe en unidad el volumen de sus valores actuales y virtuales”.¹⁹ Constata ahora el Amor como “videncia”, como todo lo contrario de la “tópica ceguera” que se le achaca, en virtud de su “desatención hacia los valores negativos o inferiores” y de la “sumisión y subordinación de éstos al perfil [...] de los valores positivos y estimables”.²⁰ Descubre, igualmente, que el Amor es “ilusión” (en el sentido de “aliciente, esperanza, anhelo, fe”),²¹ por lo que tal vez no deba extrañarnos que “proporciona goce, pero origina también pena”, que “en la conciencia amorosa hay más alegría,

⁷ *Ibid.*, p. 40.

⁸ *Ibid.*, p. 90.

⁹ *Ibid.*, p. 92.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 94-95.

¹¹ *Ibid.*, p. 97.

¹² *Ibid.*, p. 98.

¹³ *Ibid.*, p. 100.

¹⁴ *Ibid.*, p. 114.

¹⁵ *Ibid.*, p. 92.

¹⁶ *Ibid.*, p. 94.

¹⁷ *Ibid.*, p. 97.

¹⁸ *Ibid.*, p. 98.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 99 y 108.

²⁰ *Ibid.*, p. 100.

²¹ *Ibid.*, p. 103.

pero hay también más sufrimiento”.²²

De cara a las exigencias e intereses del filósofo, o sea, de quien tiene el compromiso de *pensar* en temas ontológicos, éticos, antropológicos... los afanes titánicos de J. Xirau por sustentar una rigurosa teoría del Amor se presentan como un atractivo ejemplo. Su solución puede ser —de hecho lo es— discutible, pero no por ello carece de alicientes teoréticos. El uso teórico de la razón le permite a J. Xirau descubrir el siguiente haz de verdades:

1. El amor supone abundancia de vida interior. 2. El sentido y el valor de las personas y de las cosas aparece a la conciencia amorosa en su radiación más alta. 3. Hay en el amor ilusión, transfiguración, *vita nuova* o *renovata*. 4. La plenitud del amor supone reciprocidad y, por lo tanto, en algún sentido, fusión.²³

Un resultado nada desdeñable, en especial, si se considera que previamente J. Xirau ha debido comprobar que “la actitud amorosa es una realidad específica e irreductible” y de que se trata de “describir el ‘amor puro’ o, si se quiere, de delimitar con pureza el fenómeno del amor [...]”.²⁴

Ya he hablado de la honestidad de J. Xirau. Me refería a su modo de asumir su cristianismo. Ahora aludo a una virtud intelectual, además de moral. No le fue ajena al filósofo catalán la embarazosa aporía intrínseca a su idea del “amor puro”. Él mejor que nadie pudo percatarse de la magnitud de las dificultades teóricas implicadas en este término, puesto que él mismo se encargó de aclarar que la noción de “amor puro” comporta considerar al amor con prescindencia de “las circunstancias mudables de la vida en las cuales aparece o desaparece”.²⁵ La pregunta no se hace esperar: ¿es posible un amor así en la realidad? J. Xirau sabe que no y así lo reconoce. ¿No supone este hallazgo una refutación insalvable de su teoría del amor puro? Si la especulación de J. Xirau, en *Amor y mundo*, hubiera obedecido a una intención exclusivamente teórica, tal vez habría que responder que sí. Pero lo que motiva a dicha obra de J. Xirau es un propósito teórico-práctico. Debo insistir en que nuestro filósofo aspira a proponer *grosso modo* una suerte de “nuevo orden amoroso”, en el que encuentren lugar adecuado cierta moralidad y cierto sentido de la ley, así como determinada idea de la sexualidad, de la ciencia, de la educación y de otras dimensiones de la vida. Con tal propósito concuerda un nuevo imperativo, el imperativo que considero

²² *Ibid.*, p. 114.

²³ *Ibid.*, p. 94.

²⁴ *Ibid.*, p. 93.

²⁵ *Idem.*

decisivo en la obra que aquí examino: “tratar las cosas con pureza”.²⁶ Decisivo porque:

- a) delimita en el plano práctico la exigencia anteriormente formulada de amar todo y en todo buscar el valor;
- b) salva la empresa de proponer una teoría del Amor, arimándole a su consistencia lógica un fundamento que proviene de la praxis, es decir, de lo que puede poner el ser humano en las cosas del mundo, por mor de la intención amorosa de tratarlas y hacerlas ser con pureza (que es una forma de decir “con amor”).

J. Xirau terminó de componer lo que hoy conocemos como *Amor y mundo* en 1940. Quiere decir que ya tenía noticia cierta de hechos históricos de la mayor gravedad: múltiples manifestaciones de lo que Ortega bautizó como “rebelión de las masas”, la Primera Guerra Mundial y el comienzo de la Segunda, la Revolución bolchevique (precedida por la no menos importante Revolución mexicana), las purgas stalinistas y los estragos anti-humanos de la idea soviética del Progreso, la irrupción del fascismo y del nazismo... Desde luego, padeció en carne propia casi todo lo malo que brotó de la diabólica sementera de pasiones que fue la Guerra civil española, tanto en su efervescente Cataluña natal como en parte de su subsecuente exilio. No se conocían todavía los horrores de los campos nazis de concentración ni los alcances de los holocaustos (hablo en plural, para no olvidar que los nazis se aplicaron en exterminar tanto judíos como gitanos, comunistas, libertarios, discapacitados, etcétera) ni la devastación insólita de las armas nucleares. Sin embargo, puede decirse que, para cuando redacta *Amor y mundo*, J. Xirau conoce muy bien las facciones más resaltantes del rostro de la barbarie de nuestro tiempo. También sabe que este fenómeno monstruoso debe de tener algún vínculo con un malestar en la cultura y en la moral, que a su vez debe de yacer en el fondo de una crisis cultural, que algunos de los filósofos e intelectuales más lúcidos del siglo constatan con pasmo y desazón indescriptibles.

Ante una realidad como la descrita sumariamente, J. Xirau pudo haber reaccionado de muchas maneras. Estaban, desde luego, las consabidas posibilidades comunista, nacionalista y fascista. También podía optar, sin más, por una desesperación paralizante o la simple complacencia acomodaticia. Fiel a sí mismo y a sus valores, como una forma de ser amorosamente fiel a una confraternidad humana que se deshacía por doquier, se decidió en favor de un compromiso social, no por catalanista en sus manifestaciones concretas menos vocado por exigencias universales. Ello supuso un precio social, académico y vital muy

²⁶ *Ibid.*, p. 118.

alto, que sin embargo J. Xirau supo pagar con sobrada dignidad: el destierro aunado a cierta soledad intelectual.

Dejo a otros más competentes que yo la tarea de abundar en esta valentía política de J. Xirau. Me interesa detenerme ahora, aunque sea de soslayo, en su reacción como intelectual (como “espiritual”, más bien) y filósofo ante las monstruosidades que le tocó vivir. También en este campo, J. Xirau pudo haberse inclinado por convertirse en simple epígono de alguno de los “maestros pensadores” de mayor influjo teórico-ideológico en el siglo xx. Es decir, pudo ejercer de marxista, de fenomenólogo, de vitalista, de bergsonista, de existencialista, de historicista. Reine Guy advierte legítimamente sus vínculos con el personalismo. Sin embargo, tengo para mí —y puede que sólo se trate de un capricho, ya que no soy un historiador de la filosofía— que no sucumbió en verdad ante ninguna de estas “tentaciones”. Esta es una apreciación que hago a partir de la lectura de *Amor y mundo*, aunque ese mismo acto me impone reconocer que respetó y hasta supo cultivar con provecho algunas vertientes de dichos sistemas doctrinales. A medida que la barbarie avanzaba y amenazaba con tornarse invencible, curtido ya en las vicisitudes del exilio, esto es, en 1942, J. Xirau precisaba, en la introducción a *Lo fugaz y lo eterno*, lo que para mí es el programa de un pensador con voz propia, ajeno a todo dogmatismo y, en general, a toda heteronomía intelectual: “Es preciso escribir una nueva *Ciudad de Dios* y pensar y construir un cosmos que discipline y ordene el caos de la vitalidad actual”.²⁷

Sin menoscabo de su importancia, tal vez resulte inconveniente detenernos puntillosamente en los contenidos, en las tesis concretas que dan sustancia a una obra filosófica demasiado acosada por lo que el propio J. Xirau llamó la “coacción de las circunstancias”. Tales contenidos siempre se verán amenazados por la caducidad o por interpretaciones sujetas a determinaciones de toda índole, entre las cuales un diálogo tal vez inevitablemente imperfecto no será la más insignificante. En lo personal me interesa más aprender de las *actitudes*. Me complace más destacar la autonomía y la autenticidad con que J. Xirau reacciona en el plano político moral, intelectual y teórico, ante las realidades poco menos que inenarrables de su tiempo. Trato de aprender humildemente del filósofo que, en el ostracismo y tras la dispersión de la Escuela de Barcelona —su principal referencia intelectual, en cierta etapa de su vida— reafirma su genio y madura un pensamiento propio. Me atrae sobremanera que J. Xirau reivindicque el Amor en el momento “menos oportuno”, cuando más se le opone todo, cuando tiene que nadar contra las corrientes que más se le oponen. Me conforta suponer una consecuencia plena entre sus ideas y sus actos: imagino que J. Xirau levanta el estandarte del Amor, en un campo desolado y regado de sangre

²⁷J. Xirau, “Lo fugaz y lo eterno”, *loc. cit.*, p. 175.

abundante, porque está enteramente convencido de que “el bien destruye el mal no por contraposición o negación –toda negación suscita el rencor y fomenta el odio–, sino por superación e integración”.²⁸ Me seduce, en fin, ese pensador que en 1940 está prácticamente solo y que, en medio de la vorágine de horror, clama con coraje contra los profetas de la decadencia, al tiempo que proclama una amorosa ilusión y fe en el ser humano.

Ese es el J. Xirau que estimo en el terreno moral. Lo mismo me sucede con el filósofo, en los dominios de su trabajo teórico. Hay que bendecir sus “ganas” – en la acepción unamuniana de la palabra– de rebasar las oscuras fuerzas de una crisis intelectual y de pensamiento, por medio de esa peculiar historia del amor que es *Amor y mundo*. Hay que celebrar, en ese contexto, su fe razonada en la razón, así como su crítica a la metafísica de la ciencia positiva y a una idea anti-humana de la técnica y del progreso económico y social. Hoy todo esto nos puede parecer poca cosa. No lo era en sus días, cuando un sistema de dogmas se combatía a partir de otro análogo, cuando era una temeridad el simple intento de aguzar la mirada, para que pudiera traspasar la caliginosa nube de las creencias incondicionales en favor de las redenciones milenaristas de la humanidad o de la supuesta necesidad histórica del Progreso. Pocos tuvieron, en su tiempo, la apertura de mente necesaria para descubrir, por ejemplo, las consecuencias perturbadoras de la “dialéctica descendente” –así le llamó J. Xirau– inherente a la ciencia moderna:

A fuerza de proclamar a toda costa que no es “en el fondo” sino una manifestación esporádica de otra realidad inferior –el amor en nuestro caso (es) placer, interés, libido [...] y el placer, consecuencia de un mecanismo psicofisiológico–, acaba por perder el sentido de las cosas hasta el punto de perder todo sentido y aun la posibilidad misma de pronunciar palabras con significación. Destruída toda ilusión en la vida, reducida la ilusión a “simple ilusión”, todo deviene igual a todo y, en último término el ser, tras el cual van todos los anhelos, queda reducido al puro no ser, a la realidad angustiosa y omnipresente de la nada.²⁹

Una intuición que, oportunamente considerada, nos habría ahorrado más de una baratija posmodernista, de esas que tanto abundan en la feria de la filosofía de nuestro tiempo.

Ya he hablado del filósofo que hace regalos con desinterés y con sonrisas que, al refrendar el don, lo hacen irresistible. Que ese sencillo episodio de amor sirva ahora para revelarnos el enorme acto de amor con que J. Xirau prodigó a

²⁸ J. Xirau, “Amor y mundo”, en *Amor y mundo, y otros escritos*, p. 107.

²⁹ *Ibid.*, pp. 74-75.

sus contemporáneos y a todo hombre de buena voluntad en los tiempos subsecuentes, no sólo un haz de visiones fecundas sino el *ethos*, las actitudes, las perplejidades y los medios discursivos que hicieron posible acceder a aquéllas. Este ha sido el mayor regalo de J. Xirau; algo que se resiste a la acción del tiempo, que está y estará más allá de los vaivenes de la moda. Amor con amor se paga. Un mínimo sentido de correspondencia nos exige estar a la altura de ese regalo y atrevernos a aceptarlo.